

Dossier

El pelaje y la piel

En esta novena edición de *Pie de Página*, hemos decidido explorar nuestra relación con el mundo animal, que es, en resumidas cuentas, también nuestro mundo. Las especies compartimos un planeta donde los humanos hemos fracasado con respecto a nuestra capacidad de convivencia sin depredación; no obstante, abiertos en canal, pensantes y bestias somos de idéntica carne y sangre. Hay sufrimiento. Copulando, hay felicidad. La vida se extingue, la vida vuelve a empezar como en aquella historia de Eduardo Galeano, en *Los nacimientos*, que relata la leyenda del inicio de vida desde el origen del huevo. Es por esta razón que en este número plumas, escamas, cueros, cerdas y cabello se confunden para dar paso a una metamorfosis indistinguible.

Con la composición *Buscar la forma bípeda*, Karo Castro presenta una intervención fotográfica compuesta por tres autorretratos. A través de elementos pertenecientes al ecosistema natural, la autora consigue mantener un diálogo que puede entenderse como el nexo de dos extremos: el cuerpo en movimiento, de un carácter rebosante de

vida, y, en el otro extremo, lo estático y recorrido del cuerpo muerto. Los puntos de un mismo origen.

«Masería», relato escrito por Rosita Quiroz, comienza con el desasosiego causado por una pesadilla a Magali, su protagonista. Con un estilo conciso y que no escatima en imágenes aversivas, narra la transmutación de una muchacha que padece una condición dermatológica que le provoca algo parecido a escamas. Utilizando los elementos que conforman el mundo literario que le interesa a la autora, el texto de Quiroz dibuja la perspectiva peninsular y la forma en la que la mujer se relaciona con el entorno marítimo trabajando sobre los lugares comunes del mito de las sirenas.

162

Meryvid Pérez basa su obra en la ceiba pentandra, este árbol que produce cápsulas con semillas en su interior, para escribir una historia que mezcla lo fantástico con un aire entre trágico y cómico. La autora desarrolla con astucia las impresiones y contrariedades que surgen a causa del hecho de una fusión humana con la naturaleza; esta fábula cuestiona el concepto de las relaciones con la familia y lo que puede significar, verdaderamente, la libertad de quien se escapa de la especie.

Mauricio Arley Fonseca nos trae «El ogro oculto debajo de la piel del guerrero», un relato en el que la fuerza natural y el dominio están presentes. El autor construye un ambiente que se alimenta del misticismo de los pueblos originarios. Un kwakiutl es un integrante de una tribu amerindia compuesta en su mayoría de pescadores, cuyo gentilicio corresponde a «playa al lado norte del río». Así, con esa visión elemental, el relato busca narrarnos la calamitosa historia de Dzonokwa, llena de pérdidas y contemplaciones que rozan lo onírico.

A primera vista, es seguro que el espectador se encontrará representado en los rostros humanos y animales, formas antropomórficas o zoomórficas de colores rebosantes que componen

sinérgicamente la obra *Como casi siempre*, del artista visual Francisco Velásquez. Por otro lado, en *Reticencia cotidiana*, persiste un discurso que pone énfasis en la idea de la cueva platónica pero vista desde una perspectiva contemporánea. En ella, se prefigura la contraposición del ser humano —irreconocible, si es que se mira atentamente, y presentado en siluetas que lucen familiares— ante la naturaleza viva que lo aguarda detrás del muro.

«En el cuerpo de un gato», escrito por Margarita Dager-Uscocovich, ofrece una historia de terror del más puro corte de género en la que su protagonista cuestiona la naturalidad perversa con la que Mortimer, el gato de su hija, actúa dentro de su hogar. Su mascota es capaz de encontrar respuestas a los problemas matemáticos de su dueña, encender luces y leer los mismos libros, siendo su conducta un misterio a resolver.

«Blanca era la piel de los conejos bajo el sol» es la excusa con la que Sandra Araya trabaja la noción de muerte para una criatura que todavía no entiende de qué forma opera el deceso. Entre el miedo a una maternidad que puede lastimar si se aferra, los cucos de la infancia y un sol que, en lugar de revelar, ciega, Araya desarrolla un breve relato de suspenso con el que incita a quien lo lee a identificar cuáles son las posibilidades de su desenlace abierto.

La propuesta en conjunto de Libia Pérez (texto) y Rocío Giménez (ilustraciones) se titula «Tres meses, tres semanas y tres días». Está dividida en cinco partes y, a medida que se leen los fragmentos, estos se complementan hasta formar un texto en conjunto que, entre otras cosas, nos lleva a ciertos puntos específicos —el diente número 21, en la biodescodificación, es la madre; no se debe buscar hacer la figura del ángel en patines bajo la lluvia; entre los chanchos, a la hembra reproductora se la denomina marrana, entre otros detalles— con los que Libia concluirá su relato, el que también nos cuestiona los propósitos de algo tan salvaje como parir.

Y para concluir, este dossier suma la colección «Sujetos delirantes», de Ybelice Briceño; aquí la artista comparte dos obras construidas en *collage* analógico: *Mujer tortuga*, y *Bombitas*, donde se muestra la existencia de lo que la autora proclama como «delirio». Su proyecto se gesta entre 2020 y 2022, tiempo en el que vivimos el confinamiento provocado por la pandemia. Lo que comenzó siendo un ejercicio lúdico en el que se experimenta con las herramientas presentes en el *collage*, acabó siendo una vía para la imaginación de seres híbridos e imposibles como escape a la normatividad del cuerpo. Que disfruten el viaje por estas pieles diversas.

Solange Rodríguez Pappe

Editora de Pie de Página

Buscar la forma bípeda

Karo Castro



(Autorretratos de *La dimensión animal*, 2022)

165

Karo Castro

Santiago de Chile, 1982. Escritora, poeta y artista autodidacta. Psicopedagoga y licenciada en Educación. Realiza su trabajo mediante intervenciones de fotografía, collage y performance. Actualmente trabaja como editora para la *Revista Extrabismos* de arte contemporáneo. Ha publicado *Mujer Gallina* (Ediciones Pez Espiral, 2021).

Masería

Rosita Quiroz Catuto

166

Era la cuarta noche consecutiva en la que soñaba con un bebé recién nacido; era lampiño y estaba limpio con una pulcritud que incomodaba. Le colgaba un cordón umbilical en forma de cuerda que parecía haber sido anudada por un marinero. Magali soñaba que lo cargaba y mientras lo hacía, la piel le ardía como hubiese sido arrancada para que estuviera expuesta al dolor del tacto. Repentinamente, en el sueño percibía un hedor a vísceras de pescado que provenía del niño. A veces, también Magali imaginaba que andaba descalza en su casa y que pisaba cuerpos cilíndricos pequeños, duros y babosos; cuando bajaba la mirada veía peces gordos. A algunos les colgaban las tripas y a otros se les notaba cómo diminutos gusanos se les retorcían en la carne. Pero Magali no recordaba sentir angustia o asco, ella se compadecía por esos peces muertos.

Magali despertó con un mal sabor aquella noche y con una parte de mejilla ensalivada. Su casa, que estaba cerca del mar, se encontraba atestada por una salinidad intempestiva, era una masería intensa y extraña porque apenas era febrero y el mar solo apesta a finales del año cuando termina la veda. Se sentó y empezó a palparse sus piernas y las tocaba ásperas. Pensaba, alarmada, que indudablemente se debía a la alergia dérmica que padecía desde hace seis meses. El dermatólogo le había diagnosticado un hongo no severo y le dijo que con las cremas que le recetaría po-

dría eliminar las erupciones. El doctor no dijo «escamosas», pero cuando ella tocaba esas heridas, en lo primero que pensaba era en una perla. Esa cuarta noche el hongo se extendió por sus muslos. Era una enfermedad cutánea que la obligaba a mantener un secreto debajo de sus trajes.

Esa mañana fue común. Magali había ido a comprar pescados al puerto para luego revenderlos en el mercado. Fácilmente comprendió, a lo largo de su vida, que sobrevivir económicamente era para los más sabidos, para los revendedores. No dependía de nadie y nadie dependía de ella. Cuando tenía 20 años, su único hijo, que apenas llegó a los 5, desapareció mientras jugaba en el mar; nunca hallaron su cuerpo. Magali no lo buscó, fue un evento liberador de lo que nunca quiso. Y desde ese instante había estado sola y ausente en el tufo de una tierra que le pertenece al mar.

Alrededor de las 21:00, Magali calentó agua para meter sus piernas y sacar algo de piel muerta. Mientras se halaba las pequeñas tiras de piel, recordaba las veces que había sido tocada por hombres, lo que había sido hace mucho. Ahora con 57 años y con llagas regadas en las piernas no podría ni imaginarse un amante. El agua caliente había ablandado la piel y las costras brillaban un poco con la luz del cuarto, aunque la bombilla por momentos bajaba la luminosidad. El ambiente se tornaba incómodo para quien no vive las brumas. Magali sentía frío luego de haberse remojado, pero no quería arroparse, ella empezaba a desear el mar con unas fuerzas lascivas que no había sentido ni por el sexo. Con las piernas mojadas salió de su casa mirando hacia las olas que traían una espuma lechosa, sus piernas iban húmedas y la piel le empezaban a arder como si hubiera restregado contra ellas una lima. Se acercaba

al mar cada vez con más velocidad como si el agua se le escapara. La luna, que vestía un amarillo pus, la miraba desde la cima.

El olor salino era más intenso; apestaba a arena usada; a cadáver de peces; a metal, pero no como la sangre, sino como al hie-ro que se saborea de la hiel del vómito. Ahora el hongo había invadido los pies, las piernas y el sexo de Magali. Estaba deformando su piel y la convertiría en un ser infestado. Magali tenía medio cuerpo dentro del mar y sentía sus piernas unirse. Se frotaban entre sí para calmar el ardor y entre más las apretaba, el dolor desaparecía. Finalmente, Magali no volvió a sentir dolor. Se refugió dentro del mar con unas piernas convertidas en una cola escamosa, blanca y pulcra, que simulaba la piel de un coral.

168

Rosita Quiroz Catuto

La Libertad, 2000. Estudiante de la Universidad de las Artes de Guayaquil. Ha incursionado en la docencia apostando a la exploración de la literatura infantil con niños de entre 6 y 12 años. En el 2020 colabora con la revista *Preliminar Cuadernos de trabajo* en el cuarto número: Fragmentos de un discurso del cuerpo, con la publicación de «Dossier poético: encuentro intempestivo con Doce fábulas urbanas». Publicó el cuento «Inhumano» (2021) en el segundo número del fanzine *Insomnia: cuentos de terror escritos por mujeres* (2022). Le interesa explorar, mediante la escritura, temas como las feminidades, el mar y lo incómodo. En sus narraciones frecuenta imágenes santaelenenses que intentan rescatar la realidad de la vida de los peninsulares y más que todo de la mujer peninsular.

Pentandra

Meryvid Pérez

El día que el abuelo se convirtió en crisálida, la casa parecía un zoológico en el que nosotros éramos el espectáculo: el abuelo, pendiendo de un árbol, la atracción principal. No es difícil imaginar cómo aquel capullo verde metálico de dimensiones humanas llamó la atención de todo el que lo vio esa mañana. Bastó el grito trágico de la abuela para que la familia corriera hacia el patio y pronto hubiera vecinos, policías y reporteros acechando tras la albarrada.

El llanto de la abuela aumentaba conforme el barullo de afuera lo hacía. Mis tías, para calmarla, ahuyentaron a la gente como se hace con las moscas e instalaron un muro de sábanas alrededor del abuelo. El público, ofendido, nos insultó por ser responsables del escandaloso evento que alborotaba la colonia. Y no faltaron los voluntarios con filos dispuestos a cortar de un tajo el problema. Por supuesto, nos negamos. Así fue como la amabilidad inicial se convirtió en amenazas.

Ante el griterío, los policías marcaron la casa con un cinto amarillo que tenía la leyenda «Precaución», como si hasta ese momento no hubiésemos sido lo suficientemente llamativos para el vecindario. Luego, interrogaron a la abuela y —sin entender mucho de la situación— propusieron trasladar al abuelo con todo y árbol a un lugar en el que su presencia no causara disturbios. No aceptamos, pues conocíamos al abuelo; siempre evitó despertar en lugares desconocidos. Propusimos que se quedara en casa y que los policías vigilaran el domicilio. Así lo hicieron.

Al día siguiente el abuelo fue portada de periódicos. Los encabezados compitieron por ser el más llamativo. Las fotos, mientras más cercanas, mejor. Tan pronto como se publicó la noticia llegaron aún más reporteros buscando entrevistas. Hubo vecinos que no perdieron la oportunidad de hacerse un poco de dinero y un ratito de fama, inventándose amistades íntimas con el abuelo; fueron ellos quienes respondieron las preguntas y vendieron fotos de recuerdo a las familias y viajeros que llegaban a mirar.

A pesar de la curiosidad que causaba en la gente, la transformación era un asunto del que estábamos cansados. Todas las veces que el abuelo despertó lleno de sudor y convencido de que, en sueños, una voz le anunciaba que era una larva, fueron las mismas que intentamos convencerlo de lo contrario, de que sus afirmaciones eran humanamente imposibles. Por supuesto que el abuelo no hizo caso.

170

Aquellos sueños aumentaron y el abuelo cambió de gustos y aficiones: comenzó a comer hojas y a arrastrarse por la casa, actividad que logró con gran habilidad esparciéndose manteca por todo el cuerpo. A pesar de sus actitudes no creímos que su transformación pudiera ser real. Quién lo creería. Tampoco hicimos caso cuando la piel de sus coyunturas se le puso morada y babosa, pues justificamos el cambio como una reacción al aceite y a los golpes que se daba contra el suelo.

Antes de convencerse de que era un gusano, era un abuelo como otro más. Todos los sábados, mi primo, el abuelo y yo, montábamos las bicicletas para ir juntos al cineclub de un amigo suyo. Pasábamos las tardes viendo películas de Buñuel, comiendo galletas con crema de limón y palomitas caseras que el abuelo preparaba; lo hacía imitando alguna danza ancestral al ritmo de los granos de maíz explotando en la olla. Pero por miedo al ridículo, tras las

actitudes propias de larva que había adquirido en los últimos meses, se le prohibió salir. Semanas después, el abuelo ya no quiso ver más películas porque, decía, era una actividad demasiado humana.

Durante los días que precedieron a su conversión, la piel del abuelo se tornó blanda y amarillenta. Creímos que tenía hepatitis, así que la abuela le hizo remedios de remolacha y limón. Las últimas noches que el abuelo durmió en su cuerpo de hombre lo hizo en las ramas del árbol de pentandra, en el que decidió armar su capullo.

Mientras fue crisálida, todos en la familia nos turnamos para permanecer noches en vela a su cuidado, pues no faltó la persona que brincó la albarrada para tocarlo e intentar desprenderlo del árbol. Ni hablar de cómo la gente se conmocionó cuando un especialista en insectos al que le dimos acceso, avisó la fecha probable de su eclosión. El evento coincidió con el día en que la pentandra soltó sus semillas por todas las calles. A pesar de la espera, nadie pudo ver al abuelo irse. Como marca de su existencia quedó, pendiendo de una rama del árbol, el capullo destellante y abierto como un cascarón.

Meryvid Pérez

México, 1998. Escritora y editora. Es egresada de la Licenciatura en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán y técnico en Creación Literaria por el Centro Estatal de Bellas Artes, Yucatán. Textos suyos se han publicado en las revistas digitales *Tierra Adentro*, *Punto en Línea*, *Penumbria*, entre otras. Como editora ha formado parte de revistas mexicanas y latinoamericanas, como *Runas* y *Península*. Actualmente es editora de *Temas Antropológicos* (México) y *Entropía* (Perú).

El ogro oculto debajo de la piel del guerrero

Mauricio Arley Fonseca

172

Dzonokwa y Qi-yo Ke-pe van hacia el río. En su mano derecha lleva el arpón que le regaló Hagwelawrh del clan klatskanie. Algo dentro de sí aletea como ave nocturna y siente que sus pies se transforman en grandes garras de oso; el recuerdo de su padre lo acompaña junto con las enseñanzas sagradas en el interior de la montaña, allá donde solo ellos dos convivían con las voces de los lejanos espíritus de humo. Con estos tormentosos pensamientos, Dzonokwa sale en busca de la pesca, aunque muy agotado.

En el extremo del río, ya no se ve ningún hombre bestia con su pierna punzante. Dzonokwa se detiene un instante, tal vez lo haya imaginado todo: será su huida quizá, la muerte de su padre, la incertidumbre del destino de su amada Kominaga..., pareciera que esas imágenes son parte de su imaginación. Mira a Qi-yo Ke-pe, tan pequeña e inocente, pero tan volátil en ilusiones, tan absorta de lo que ocurre, en búsqueda de la cueva de la Gran Serpiente, allá en las sementeras del sur, donde se renovará su espíritu quebrantado, pero soportado por las palabras de Kominaga:

—Mi búfalo fiero, un día llegarás a beber en las aguas del inframundo, donde yo estaré nadando y con mi imagen en el agua me recordarás.

Numay le narró a Kominaga la existencia de la cueva, y la bella coola creyó fielmente en esas palabras, y luego él, Dzonokwa, creyó también, aunque su precio fue mayor: dejó morir a su amada por creer en las palabras de la sabia anciana; ahora se pregunta: ¿acaso existirá ese lugar en el sur?

Desvía su mirada perdida hacia las aguas, donde se mueve el reflejo de la bestia con la pata punzante, como si quisiera emerger de las profundidades; quizá todo fue una ilusión.

La voz de su padre lo despierta de su marasmo:

— Reconócete a ti mismo, toca la cicatriz en forma de óvalo, del hombro izquierdo.

Estas palabras transportaron al kwakiutl hacia la infancia en Nutlitliquotlank: juega con los otros niños; crece y ayuda a cargar los canastos de los pescadores; practica rituales en el interior de la montaña; caza salmones; come pato relleno durante su boda.

En las profundidades del kwakiutl se agitan las alas de la gran ave negra y la fuerza del oso: los espíritus guardianes heredados por su padre. Y con el fuerte agitar alado, regresa para escuchar el paso de la corriente a lo largo de uno de los brazos inferiores del Fraser, donde brincan los salmones con el abdomen rojizo. Dzonokwa los contempla, está muy cansado; los salmones son muy rápidos, fuertes, aunque vayan contra corriente. La ventisca, que se mueve a lo largo del río, golpea fuertemente al agotado guerrero, cuyas piernas apenas logran mantenerse algo firmes. El agua está fría; en el cauce superior del río se aprecian, muy en el fondo, las montañas vestidas de blanco.

El kwakiutl vuelve sus ojos a las aguas, estira su arpón, espera el paso de un torso rojizo que le permita dictar sentencia; sostiene su arpón entre el batallar insaciable de los vientos y la lluvia de rayos dorados que colisionan en el interior del kwakiutl, hasta que finalmente este baja con furia su arpón y ensarta el abdomen

de un salmón; lanza la red para capturarlo. El búfalo chapotea impetuosamente con sus peludas patas, forma ondas profundas de agua sobre el brazo del Fraser, y llega finalmente donde su presa, que se agita impotente; la toma con sus largas manos y lanza sus primeros mordiscos, saborea el pez que aún se mueve y cuya sangre se derrama entre los gruesos labios, mientras los ojos de Dzonokwa giran desorbitados. Nunca antes había comido un salmón crudo. Una voz angustiada grita a sus oídos:

—Los espíritus que habitan los alrededores de las aguas penetrarán tu cuerpo a través de la fría sangre.

Pero, ese designio no importa ahora en la mente del kwa-kiutl, quien pronto finaliza su festín, bañado por la sangre del salmón. Minutos después se lava manos y cara para quitarse la sangre y busca otros salmones; su cuerpo ahora tiene mayor vitalidad, los ojos se encienden con un tono rojizo que inunda las pupilas desde los bordes hasta el fondo de las cuencas; se desplaza bravíamente a lo largo de las aguas, pero no se percata de que una extraña figura empieza a reflejarse en el agua, lo sigue de cerca, tiene una boca grande y abierta, siempre detrás de él, está desnuda y su cuerpo casi totalmente tatuado con tonos negros. El guerrero lanza su arpón y luego la red, mientras que la bestia pintada lo sigue sigilosamente.

Parecía el mediodía. La pequeña Qi-*yo Ke-pe* está en la orilla del río, arranca los pétalos de unas flores que Dzonokwa encontró en el camino y los lanza al cauce, y a cada intento, emite un sonido: «¡Toh!». El búfalo se dirige a ella, carga con dos salmones sobre su lomo, y el cisne, al ver estos peces, aún revoloteando y casi del tamaño de ella, sonríe, mueve sus manos y las coloca sobre su boca.

Transcurre, en el campo abierto, una impaciente hora hasta que los salmones ya están dorados en la fogata, acompañados por tubérculos. El guerrero sienta a su lado a la pequeña, quien mira cómo el búfalo toma el pescado, desprende pequeños trozos y los

come; el cisne intenta hacer lo mismo, pero aleja sus dedos al sentir la carne caliente, entonces su padre levanta el pescado en lo alto para que reciba la fría brisa, lo mueve mientras que Qi-yo Ke-pe brinca para alcanzar su comida; el guerrero ríe al ver a su pequeña en este juego; todo lo acabaron, y pronto el cisne descansa en el canasto que sirve de cama.

El kwakiutl luce agotado, se recuesta a un árbol, escucha el sonido de las aguas del río y el golpe constante del abdomen de cada salmón. Atardece y la brisa es más fría; toma la piel de oso, acerca a la pequeña Qi-yo Ke-pe y ambos se cubren con el cuero del animal. El sonido del río adormece rápidamente a Dzonokwa; sus cuencas oculares empiezan a moverse.

Una sombra transita detrás del árbol donde descansa Dzonokwa; el guerrero lanza su mirada, pero no hay nadie. Ve sus propias manos, dentro de las uñas aún conserva sangre de salmón, emite un sonido carraspeado y cierra los ojos. La brisa fría y el sonido del río pronto adormecen todo lo que hay alrededor, excepto una sombra...

El guerrero del sueño se encuentra en medio de un oscuro bosque; muchas sombras se mueven entre los árboles y vuelan. Un ave negra se posa sobre una de las ramas, mira al guerrero y emite un canto profundo, cual si estuviera en el interior de una cueva y deseara volar para escapar. Dzonokwa se tapa los oídos con sus manos: es intenso el sonido de la bestia, retumba, lo hace caer de rodillas, su frente toca el suelo, y poco después desaparece el sonido, así como la gran ave. El guerrero extiende sus manos, las siente pesadas, sus dedos se han alargado, se transformaron en garras. Dzonokwa corre y llega al árbol donde se posó el ave, observa que entre una de las ramas y el tronco cuelga una telaraña, que ha absorbido muchas gotas de agua, forman un espejo sobre esta red, que al guerrero le permiten apreciar unos gruesos labios cubiertos

por la sangre del salmón derramado al atardecer. El viento agita la red, Dzonokwa aprecia más nítidamente la imagen: es un cuerpo desnudo, un ogro completamente tatuado con figuras tribales, pequeñas caras exhiben sus dientes y están inscritas en: rodillas, glúteos, abdomen y hombros; en brazos y torso figuran curvas, mientras que las piernas se componen de formas rectangulares; todo está pintado con tintas oscuras. El ogro carga en su espalda un pequeño ogro, resguardado dentro de un canasto. Ambos recorren los bordes costeros. A lo lejos se escuchan cánticos de pobladores que entonan la música protectora contra el ataque del ogro, y así este se conforma con la carne de los salmones capturados en la costa. Si los pobladores no cantan, el ogro recordará su canibalismo y pronto las aldeas cercanas serían exterminadas; solo si los aldeanos recuerdan los cánticos, salvarán sus vidas.

176

Un ave se posa sobre el árbol donde descansa Dzonokwa, canta por varios segundos hasta que el kwakiutl despierta sudando y rápidamente mira sus manos; fue una pesadilla. El olor a sangre de salmón mana de su boca. Transcurren las horas y cada vez está más seguro de que debe seguir su camino hacia la cueva de la Gran Serpiente. Sin Qi-yo Ke-pe no será posible salvar las vidas que ya dejaron de existir; el pequeño cisne recordará los ancestrales cánticos y con estos renacerán nuevas tribus, pero ambos deben llegar a la cueva de la Gran Serpiente para invocar esas voces.

Mauricio Arley Fonseca

Costa Rica, en 1979. Nació en Barrio San Juan de Limón, pueblo caribeño. Trabaja como profesor de literatura en la Universidad de Costa Rica y psicoanaliza en su consultorio privado.

Obras

Francisco Velásquez



177

Como casi siempre

(100 × 80, acrílico sobre lienzo)

178



Reticencia cotidiana
(100 × 70, aguada sobre cartón)



179

La intuición del miedo
(35 × 50, tinta sobre cartón)

180



4oTAzo

(30 × 37, acrílico sobre cartón)



Vecindades Ibéricas autoimpuestas

(45 × 40, acuarela sobre cartulina)

Francisco Velásquez

Manta, 1969. Desde el año 2000 se radica en España donde permanece 13 años y estudia parte de una carrera de restauración, ejecutando en varias ocasiones restauraciones de patrimonio español. Paralelamente expone individual y colectivamente en importantes lugares de exhibición. En su faceta de muralista tiene dos importantes encargos en Madrid y en su retorno a Ecuador recibe varios encargos en algunas ciudades. En Guayaquil se destacan murales como el de la av. 9 de Octubre, a la altura del Malecón del Salado y es pionero en las obras murales de las escalinatas en Guayaquil, con una obra de 345 escalones en el sector de Mapasingue denominada *Originarios*.

En el cuerpo de un gato

Margarita R. Dager-Uscocovich

182

La noche era perfecta, corría una ligera brisa y Anastasia estaba colocando el pequeño sombrero de brujo a Mortimer. Yo la dirigía hacia las calabazas talladas con imágenes sonrientes para tomarles la foto del recuerdo, la que en los últimos tres años desde que Mortimer llegó a casa solían tomarse juntos. Anastasia seguía hablando y acicalando a su compañero de travesuras. Mortimer era hermoso, su pelaje brillante y oscuro, conjuntamente con aquellos ojos amarillos que parecían abarcar de una mirada todo lo que lo rodeaba, me provocaban curiosidad casi obscena. Su mirada hablaba y sus gestos se asemejaban a los de un humano. Tenía la costumbre de besarnos en la mañana, sus cariños no eran los típicos lamidos de un gato hacia su dueño, no, por el contrario, sus labios húmedos se pegaban a los nuestros y con su pata nos acariciaba los cabellos mientras se balanceaba sobre las mullidas almohadas. Él no bebía su leche del tazón en el piso, por el contrario, desde el día que arribó a casa impuso sus propias reglas.

Siempre subía a la silla, con su cuerpo alargado apoyando las patas delanteras en el cuenco para deleitarse con la leche tibia. Lo mismo ocurría a la hora de la cena, sus modales eran impecables para ser solo un felino. Cuando Anastasia leía o hacía sus tareas de matemáticas, las cuales le daban un poco más de problema, nuestra mascota gatuna la guiaba de una forma incomprensible para mí. Empujaba sus patas hasta las respuestas y jugando con los

lapiceros y borradores de goma lograba que mi hija encontrara la respuesta correcta.

Empecé a pensar que yo estaba demente.

Con el transcurrir de los días fui observando sus movimientos con verdadera curiosidad y atención. Tenía una forma tan celosa de resguardar el que ahora era su hogar. En las madrugadas se desvelaba encendiendo la luz de la sala de un salto contra la pared para luego ir acomodándose al lado del último libro que yo dejaba a medio leer. «¡Increíble!», me decía. No lo hemos entrenado para eso, luego me tapaba la boca en señal de asombro.

Notaba el detalle de la bombilla encendida con más frecuencia cuando al levantarme al baño el destello se reflejaba en la pared del fóyer. A veces me quedaba parada observando estupefacta cómo sus ojos seguían la lectura de los libros. Parecía que en realidad podía leer. Su cola se meneaba en signo de aprobación sobre las páginas, su rostro felino y sus orejas puntiagudas se dirigían hacia mí en señal de reproche por la interrupción. Sus ojos, sin embargo, me recordaban tanto a los de Lucas, aquel esposo que había desaparecido en una de las confrontaciones militares americanas en Karachi, un año atrás.

—Mortimer, ¿qué haces aquí? Vamos, cariño, es hora de dormir.

Esa era la frase que empleaba para no alterarlo. En ocasiones su cambio de humor no era propio de una mascota y solía ausentarse desapareciendo dos o tres días, pero luego lo encontraba hecho un ovillo en la entrada principal, hambriento, con algunos rasguños y restos de sangre que asumía era de animales.

Esa noche de Halloween les tomé la foto del recuerdo y los dos salieron en busca de caramelos. Mortimer haciendo sonar su

casabel iba detrás de Anastasia con pasos apresurados para no perderse, mientras yo recibía a los pequeños del vecindario haciendo gala de mi sombrero de bruja con la famosa frase «Trick or Treat».

La noche transcurrió sin contratiempos, cenamos juntos los tres. Cada uno llevó a cabo su rutina antes de dormir. El cepillado de dientes para Anastasia, el lavado de la loza para mí y el descanso hasta la madrugada para Mortimer, no sin antes despedirse con ese beso húmedo con olor a leche tibia, el olor dulce y fresco del lácteo entero que a él tanto le placía llevarse al estómago.

...

184

La rutina de ir al baño no me daba descanso. Una madrugada al azar escuché un sonido poco habitual, era como un gruñido un tanto ligero, casi silencioso, pero en el que existía dolor. Me asomé despacio por la escalera y la luz de la sala se reflejaba en la pared frente a mí, supe en ese momento que Mortimer estaría haciendo de las suyas con mis libros. Pensé hacia mis adentros que pude haber escuchado mal, volví a la habitación sin darme cuenta de que algo se cocía a mi alrededor. En el día de los difuntos, antes de salir a misa, vi a Anastasia correr detrás de Mortimer quien a su vez se escabullía entre las matas del patio, atravesándolas como alma que lleva el diablo con dirección al lago. Anastasia corrió y yo corrí detrás de ellos. El pelaje frondoso y atezado de nuestro gato se perdía entre el follaje verde del bosque y otra vez los gruñidos con tintes de dolor se hicieron presente, volviéndose espectrales y envolventes. Lo buscamos por horas.

La tarde cedió ante la noche y luego, por primera vez, el gélido nocturno hizo mella en nosotros obligándonos a abandonar a

nuestra mascota en lo sombrío del anochecer. En los días siguientes nos dedicamos a pegar volantes en los barrios continuos y en los refugios sin suerte de que apareciera. Sin embargo, en las madrugadas escuchaba el aullido de un animal adolorido, no sonaba como el de los lobos en la noche de luna llena, sino más bien como un niño que se lamenta porque le han arrebatado un dulce. El llanto era continuo y cansón. La piel se me erizó, mi intuición me decía que era nuestro Mortimer, el palpitar de mi corazón me indicaba que no estaba perdido, sino que, en ese sonido inarticulado, la pena o la rabia lo mantenían lejos. Por primera vez sentí miedo de la noche y corrí a meterme en mi cama.

Pasaron muchos días sin saber de Mortimer, la casa se tornó vacía y la rutina diaria, monótona. Los ojos grandes de mirada fija de nuestra mascota ya no se reflejaban en las mañanas con sus besos ni sus patas acariciándome el cabello. Un sabor a desilusión se había quedado en nosotras como cuando dieron por desaparecido a Lucas, mi esposo.

Otro suceso siniestro empezó a rondarnos. Aullidos. Sí, aullidos que nos erizaban la piel. Día sí y día no, nos taladraban los oídos, nunca eran a la misma hora, pero no dejaban de pasar un poco después de las diez de la noche.

A fin de mes, mi vecino de al lado fue encontrado muerto frente al lago que rodeaba el vecindario. Su cuerpo tenía rasguños profundos y estaba cubierto de pústulas y gusanos. Nos enteramos por los vecinos que habitan en la casa al otro lado de la laguna que rodea nuestra manzana. Dijeron sin mucho asppaviento que la policía vendría en cualquier momento a hacernos la visita de rigor al pasar por nuestra casa de camino a la suya.

—¿Será un lobo salvaje, mamá? —preguntó Anastasia.

—Puede que sí, cariño, puede que sea un lobo o un gato salvaje —comenté sin darle mucha importancia a pesar de que el acontecimiento de la muerte incrementó mi zozobra, ya que relacioné el fallecimiento con los lamentos de pena que se dejaron escuchar la noche antes del deceso.

Mientras entrábamos a la casa, mi cabeza pensaba: aquellos sí eran gemidos salvajes, más bien aullidos de un animal feroz o endemoniado.

Me asusté de solo recordarlo. También fui presa del pánico porque hice memoria que, en la noche del último gemido en el bosque, las veladoras de mi habitación que ardían con su llama apagada se apagaron de golpe. Un olor nauseabundo y penetrante a sangre invadió el ambiente y después todo se quedó en silencio. Eso sucedió cuando murió mi padre, ya que su muerte fue violenta. Con mi madre no sucedió.

186

La sensación de atraer con mis pensamientos a los muertos o a los fantasmas se apoderó de mí. Ligeros aires fríos envolvían mis pies, subiendo hasta quedarse entretejidos dentro del pecho. Después de la noticia que dieron mis vecinos, el día se vistió de preocupación y de tristeza. Al llegar la noche me sorprendí una vez más pensando en lo raro de las coincidencias. Nunca creí en fantasmas, los muertos siempre habían estado muertos y solo les temía a los vivos. Traté de tranquilizar mi mente ahuyentando el miedo por si acaso con el rezo que mi madre le hacía a las almas del purgatorio. Así, me quedé dormida.

Al día siguiente de esto, sonó el timbre, pensé que podría ser la policía que continuaba sus investigaciones. Pero no, no era la policía. A quien vi fue a Lucas, yacía sobre la alfombra de entrada. Rasmillado, andrajoso y casi desnudo estaba en casa. Me quedé

impávida unos segundos, no sé muy bien cuántos fueron. Observé que su cuerpo moreno brillaba y sus ojos amarillos seguían transmitiendo calma y felicidad, aunque los signos de confusión eran palpables. Estiró su mano hacia mí y lo abracé. Grité el nombre de Anastasia y ella bajó los escalones de dos en dos. En nuestros rostros se dibujó la alegría. No hubo tiempo para preguntas. Lucas, el amante, esposo y padre desaparecido estaba con nosotros. Eso era lo único que importaba. Mis ojos no daban crédito, pero la verdad era que lo había extrañado muchísimo por demasiado tiempo y ahora lo tenía conmigo.

...

Todo ocurrió demasiado rápido. Las horas del día se evaporaron. La dicha nos consumía de forma tal que en un segundo el día dio paso a la noche y ya todos estábamos haciendo nuevos planes. El tiempo había pasado, estaba consciente de ello. Pero me dejé llevar a sabiendas de que la felicidad no me duraría mucho. Existía un palpito incómodo en mi corazón.

Cuando fuimos a dormir y Lucas miró la cama de refilón, yo supe lo que deseaba, yo también lo deseaba, Lucas puso su cabeza en mi cuello, me olisqueó tratando de impregnar su olfato de mi loción de noche, su respiración tenía el sonido de un ronroneo agitado, mientras más cerca estaba yo, el sonido se volvía un gruñido sensual. Hizo el ademán de besarme y fue exactamente ahí, cuando su aliento me olió leche tibia. Inmediatamente la imagen de Mortimer me invistió. Lucas adivinó mis pensamientos, me miró y dijo:

—Yo asesiné a tu vecino, lo quise matar desde el primer día porque supe de sus malas intenciones, te espiaba, te perseguía.

Vendí mi alma para volver a ustedes, me quemé en la hoguera del infierno. Tenía que volver de alguna manera.

—Calla, no digas nada —susurré en su oído.—Debo retornar como Mortimer mañana. Mi paga por estar aquí es tener que matar una vez a la semana.

Cuando pronunció esta frase, las velas que ardían en el dormitorio, tranquilizando con sus olores a hierbas aromáticas la estancia, se apagaron, y el aroma a brisa marina, a tierra mojada y a fuego, indicaron que tendríamos los tres que sujetarnos a cambios radicales.

Después de esto, un «bienvenido a casa» salió de mi boca y la noche nos cubrió con luces mortecinas.

Margarita Dager-Uscocovich

Guayaquil, 1967. Es autora de la novela corta *No es tiempo de morir*, que ha sido premiada varias ocasiones en el año 2019, y su versión en inglés en el año 2020. Actualmente escribe artículos de opinión sobre política, derechos humanos y entrevistas en el periódico *La Nación Ec*. Su narrativa y su poesía se puede encontrar en la revista digital de literatura *Label me Latin*, de Estados Unidos; en *VozES Expresión*; en *Tlacuache*, *La Coyal*, y *Caina Fanzine* México. Trabaja en su nueva novela: *Las queremos vivas*.

Blanca era la piel de los conejos bajo el sol

Sandra Araya

Blanca era la piel del conejo muerto, así como la del vivo, pues no había diferencia entre ambos, tal vez algo de rigidez en el cuerpo del primero, demasiado temblor proveniente del cuerpo del segundo. Habían sustituido rápidamente al conejo muerto por uno vivo para que la niña no se diera cuenta y así no tendría que explicarle, aún, los rudimentos de la muerte.

Fue una operación exitosa, al parecer, pensó la madre, mientras la miraba jugar, desde la ventana de la cocina, pues la niña seguía los pasos del blanco animal —blanquísima era la piel del conejo bajo el sol—, sin darse cuenta de que aquel era un sujeto distinto al que ahora yacía en el bote de la basura bajo unos periódicos viejos.

Poco después, la niña entró corriendo a la cocina, contenta, distraída, infantil, pidiendo una manzana para compartir con el conejo.

«Si supieras que no es él...», pensaba la madre, un poco triste, mientras cortaba, precisa, pequeños trozos de fruta. Cuando terminó, le estiró el plato a la niña y esta lo recibió agradecida. Corrió hacia la puerta, pero antes de salir, se detuvo para decirle, feliz, distraída, infantil:

—El conejo me dijo que, si le daba fruta, me llevaría a un viaje por un hueco en la tierra.

—Mira que debajo de la tierra está oscuro... y a ti no te gusta la oscuridad.

—Tienes razón, mamá, le digo que no, mejor.

Ella se fue y la madre se quedó suspensa, un segundo, con el cuchillo en la mano, recordando cómo había muerto el conejo anterior. Tratando de alcanzar un trozo de zanahoria, el animalito se había metido en un desagüe, un hueco en la tierra, y se había roto el cuello.

«Cosas de niños», zanjó en su cabeza. Recordó que ella hablaba con los animales, cuando pequeña, con las paredes, consigo misma, con un amigo imaginario que la invitaba siempre a ocultarse en el clóset cuando el sol se posaba con violencia en el jardín.

190

El camión recolector de la basura no había pasado por la calle la noche anterior y los perros callejeros habían aprovechado aquel descuido de los humanos para arremeter con furia contra las bolsas negras, hurgando, buscando algún restojo que echar a sus estómagos. El conejo muerto había sido un festín, seguramente. De él había quedado un pellejo sanguinolento en la vereda para cuando ella fue a limpiar el destrozo.

Se lavó las manos en el fregadero de la cocina tratando de quitar de su cabeza la imagen del animalito, del que había estado vivo hasta el día anterior, despedazado por las fauces de un perro que ella imaginaba atigrado, famélico, de patas demasiado grandes para su delgadez. Un pellejo había quedado de esa piel blanca bajo el sol, un pellejo percutido y opaco bajo el sol.

Miró por la ventana, aún restregándose los dedos.

La niña, en cuclillas, seguía atentamente los movimientos del conejo, su mínimo gesto de acicalarse la blanca piel bajo el sol.

«No es justo», pensó. E iba a seguir con una letanía de pensamientos sobre la vida y la muerte, la inocencia de los niños y demás,

cuando se dio cuenta de que algo había cambiado afuera, en el jardín. La niña, antes atenta al conejo, ahora parecía ponerle atención a algo en los arbustos del fondo. Parecía escuchar, parecía asentir, parecía sonreír a algo más allá de su propia vista. Volvió todo a la normalidad y la niña pareció, entonces, mirar de reojo hacia la casa, hacia su madre.

«Cosas de niños», zanjó en su mente. Recordó que cuando niña ella también miraba fijamente los arbustos de su jardín y creía oír voces, susurros entre las plantas. Aguardaba, con la vista fija en las hojas, que una araña u otro bicho le saltara encima para poder gritar, entonces. Se anticipaba al miedo, fascinada por los múltiples y pequeños movimientos que le daban vida al jardín.

Volvió a su presente cuando la niña entró a la cocina, pestañeando, un poco a tientas, deslumbrada aún por el sol.

Ella le preguntó:

—¿Qué había tan interesante en el arbusto que te quedaste mirando para allá?

—Tengo un amigo, ¿sabes? Se llama Gru. Y ahora estaba escondido ahí, entre las plantas. Me estaba hablando.

—¿Y qué te decía?

—Que hacía mucho sol, que él se iba a meter a la casa, que yo también tenía que entrar para que no me afectara el sol en la cabeza.

—Es muy inteligente tu amigo, hace mucho sol para ti, a ver, ven para acá... —Y acercó a la niña a sí para tocarle la frente—. Sí, estás acalorada, quédate mejor ya adentro. En un rato vamos a almorzar.

La niña salió por la puerta del pasillo y ella, una vez sola en la cocina, se puso la mano sobre la frente. También estaba acalorada, sentía un zumbido molesto en los oídos; cuando recogía la basura, el resto miserable del conejo sobre la vereda, el sol le había

taladrado la cabeza, se le había posado sobre los hombros y la nuca con todo su peso.

Buscando aire, más aire, necesitaba más aire, levantó la cabeza y miró hacia arriba, boqueando, aspirando ruidosamente. Abrió y cerró los ojos varias veces para desterrar las manchas rojizas que se movían sobre el techo.

Bajó la cabeza y buscó un objeto con la vista, pero antes, miró a su alrededor.

La niña no estaba por ahí.

De hecho, ella estaba en el armario del corredor, escondida, recuperando la temperatura de su cuerpo gracias a la oscuridad, disfrutando de la voz de su amigo Gru que le decía que no quitara la vista de su madre, que observara cada uno de sus movimientos.

La madre, con un cuchillo en la mano, abrió la puerta que daba al jardín y salió.

192

Sandra Araya

Quito, 1980. Estudió Comunicación y Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE). Abrió una editorial llamada Doble Rostro, que cuenta ya con varios títulos. Ha publicado cuentos en las revistas *El Búho*, *Aceite de perro*, *Big Sur*, *Ómnibus*, *Aurora Boreal*, *Casapalabras* y *Letras del Ecuador*. En 2010 ganó la Bienal Pablo Palacio. En 2014, publicó su novela *Orange*. En 2015 ganó el premio La Linares con su obra *La familia del Dr. Lehman*. Su *nouvelle El lobo* fue publicada en 2017 por la Campaña de Lectura Eugenio Espejo. En 2018 aparecieron las novelas *El espía*, *la carnada*, *el precio*, en Editorial El Conejo, y *Un suceso extraño*, con La Caracola. Acaba de lanzar su libro de cuentos *Salvajes (del día después)* el 2022.

Tres meses, tres semanas y tres días

Texto: Libia Pérez

Ilustraciones: Rocío Giménez

1. Caer de boca

Mi madre siempre contaba un chiste muy malo que a ella le hacía mucha gracia. Lo repetía una y otra vez y se reía sola. El chiste era el siguiente: un niño está aprendiendo a montar en bicicleta y su madre lo observa. El niño pedalea fuerte, saca los pies de los pedales y grita: ¡mira mamá, sin pies! La madre sonrío cansada. A continuación, el niño da otra vuelta, pedalea rápido, suelta el manillar y grita: ¡mira mamá, sin manos! La madre finge asombro y aburrida se concentra en otra cosa. Cuando mi madre lo contaba no existían los móviles, pero yo ahora que lo rememoro me imagino a la madre del chiste mirando *stories* en Instagram. El niño sigue haciendo monerías para llamar la atención de la madre sin conseguirlo hasta que finalmente se escucha: ¡mira mamá, sin dientes!

La primera vez que me caí de boca tenía 9 años y no estaba montando en bicicleta, estaba patinando. Traté de hacer la figura del ángel con mis patines de cuatro ruedas, cogí impulso levanté una pierna, puse el cuerpo en horizontal paralelo al suelo y extendí los brazos como alas. Ese día había llovido. Volé, pisé un charco y aterricé con la cara. Me reventé el labio y me partí un diente, el 21.

El charco de lodo se mezcló con mi sangre y yo me revolqué entre lágrimas. Un dentista amigo de mi madre me reconstruyó el diente, pero yo no quise volver a patinar.

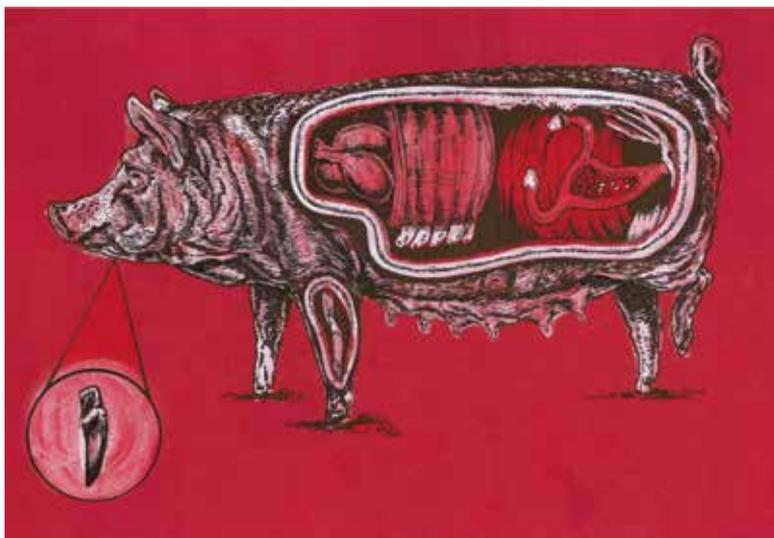
La segunda vez fue jugando al fútbol. Me partí de nuevo el mismo diente y el mismo amigo de mi madre me lo volvió a reconstruir. Hubo una tercera y una cuarta vez. Esta última decidí no reconstruirlo. El amigo de mi madre ya se había jubilado y yo sentí que un diente en cuña otorgaba un aire travieso a mi sonrisa adolescente. Craso error, pero en ese momento no lo sabía.

2. Reflejo de inmovilidad

194

El método más fiable para saber si una chancha está en celo es acercarla a un verraco, que es el nombre que se le da al cerdo semental. No es necesario que la hembra entre en contacto directo con el macho, ni siquiera tiene que verlo, con que lo sienta cerca basta. Si al percibir el olor del verraco la chancha se queda quieta y callada, como congelada con las orejas en punta, entonces está lista para la monta. A esta reacción se le llama reflejo de inmovilidad y es clave para la reproducción porcina. También es común que, en lugar de congelarse, las cerdas se monten entre ellas ante la presencia del semental, por lo que se recomienda separarlas en celdas individuales.

Una cerda bien alimentada suele tener unos 12 lechones por parto y dos partos por año. A la hembra reproductora se le denomina marrana. El embarazo de la marrana dura exactamente 3 meses, 3 semanas y 3 días. Para que un lechón crezca sano y alcance el nivel óptimo de carne magra para el consumo humano, no se debe destetar antes de los 28 días.



3. Injerto óseo

195

Lo primero que vio el dentista cuando abrí la boca para que me hicieran una limpieza después de años sin muchos cuidados, fue mi paleta en cuña traviesa. *Tienes el 21 roto, no se ve bien.* Lo revisó por delante y por detrás, Me hizo una radiografía de esas panorámicas y comprobó que, por cada caída de boca la raíz del diente se había ido agrietando hasta quedar peligrosamente astillada. Dejar la dentina al descubierto tras la última caída había provocado una infección que parecía irreparable. Me mostró la imagen en la pantalla donde una sombra negra se extendía por mi maxilar superior como un vertido tóxico. *Deberías consultar a un especialista, pero me temo que este diente no hay manera de salvarlo.* Me hizo la limpieza de rutina en el resto de la boca y al salir me dio cita con un peridoncista.

El peridoncista no quiso saber nada de mi caso y me derivó directamente con un implantólogo que me explicó con todo detalle cada fase del proceso, con sus riesgos, sus ventajas, su elevado precio y los fármacos asociados a cada intervención. Me dijo que no había alternativa, había que sacar el diente, curar la infección, reconstruir el hueso y colocar un implante.

196 La operación fue una carnicería y el postoperatorio un infierno. El odontólogo, el implantólogo, el cirujano y hasta el radiólogo que me escaneó la boca estaban entusiasmados. Mi caso era un campo de juegos, la infección se había extendido tanto que tuvieron que sacar todo el tejido, desde la encía hasta el paladar, desde la boca hasta la nariz. Todo fuera. Para rellenar el enorme hueco que dejaron decidieron probar un producto nuevo. Uno de ellos había ido a un congreso donde lo habían presentado y al parecer daba muy buenos resultados. Ninguno lo había usado antes, pero yo era la paciente indicada para experimentar. El producto nuevo era un injerto óseo de origen porcino: hueso de chanco. Blandito, blanquito, rico en colágeno y a un precio exageradamente alto. Rellenaron el hueco, cosieron la encía y me mandaron a casa con calmantes inyectables a esperar. En unos cuatro o cinco meses debía estar duro y perfecto para recibir el tornillo que haría las veces de raíz para mi diente nuevo. Mientras tanto, para salvar mi imagen, me dieron una prótesis acrílica que se encaja en el paladar y que, si no sonríes mucho y hablas con la boca chica, disimula bastante bien la mella. Una dentadura postiza de un solo diente, de las que te quitas para dormir y sumerges en un vaso de agua en la mesita de luz.

4. Memoria celular

Algunos la consideran una pseudociencia, otros la denominan terapia alternativa o medicina holística. Hay quien habla de curas milagrosas y también quienes alertan sobre sus peligros. La biodescodificación estudia los síntomas y dolencias del cuerpo para encontrar su origen metafísico y proponer un método de sanación a partir de las emociones asociadas a la enfermedad. En realidad, no es una alternativa al tratamiento médico, sino un complemento.

Junto con la biodescodificación, los terapeutas holísticos suelen hablar de la hipótesis de la memoria celular, según la cual cada célula de nuestro cuerpo contiene información específica sobre patrones, experiencias, hábitos de vida y otros aspectos característicos de nuestra identidad.

Cada parte del cuerpo, cada músculo, cada órgano, cada hueso y cada diente tiene, según la biodescodificación, un significado metafísico. El diente 21 es *la madre*.



5. Extravagancia fenotípica

Antes de que pudiera terminar el proceso del implante me quedé embarazada y tuve que interrumpirlo por recomendaciones médicas. El embarazo no fue buscado ni mucho menos esperado, estaba en mi peor momento, me faltaba un diente delantero y la prótesis acrílica no servía ni para besar ni mucho menos para practicar el sexo oral, por lo que traté de reducir mis encuentros amorosos. Yo me sentía fea, pero mi pareja comenzó a ponerse cada vez más rica, desprendía un olor tan seductor que provocaba en mí una parálisis excitante. Con la boca bien cerrada, quieta muy quieta, me dejaba hacer y finalmente me preñó.

198 Ahora estoy de 3 meses, 3 semanas y 3 días, entrando en el segundo trimestre de gestación con una pancita considerable. Voy a ser madre sin el diente 21, pero el injerto óseo de origen porcino solidificó de maravilla y en cuanto destete al bebé procederán a colocar por fin el implante y la corona definitiva. Dicen que por cada embarazo la mujer pierde un diente, conmigo el refrán se hizo carne. Carne magra.

Estar embarazada es una de las experiencias más desconcertantes de mi vida. Tengo cambios de humor repentinos y abruptos, paso de la risa al llanto y a veces hasta gruño. Tengo sueños incomprensibles en los que me revuelco en lodo y vivo en una granja y el olor de mis fluidos vaginales me recuerda extrañamente al *bacon* frito. Los médicos dicen que todo eso es habitual en el embarazo, que tiene que ver con las hormonas y el proceso de anidación embrionario. Sin embargo, en la última ecografía, descubrieron algo en el feto que no es para nada normal. Se trata de una rara malformación congénita catalogada como extravagancia

fenotípica. No es peligrosa y por tanto he decidido no seguir las recomendaciones de los neonatólogos y, en principio, no extirparla tras el parto. La llaman cola vestigial y a mí me parece hermosa. Mi bebé, para el que aún no he decidido el nombre, vendrá al mundo con un hermoso rabito helicoidal.

Libia Pérez

Ha escrito guiones para cine de terror, ha investigado sobre lo monstruoso en el imaginario colectivo y tiene interés militante en los feminismos que exploran la potencia de los cuerpos contrahegemónicos. Actualmente es docente en el departamento transversal de teorías críticas y prácticas experimentales en artes en la Universidad de las Artes, en Guayaquil, Ecuador. Lucha, cada día, por no perder el entusiasmo.

Rocío Giménez

Córdoba, Argentina, 1995. Alias Cantaro. Estudió Comunicación Social en la UNC. Al terminar la tecnicatura, decidió viajar por Latinoamérica compartiendo canciones para conocer culturas ancestrales y su sabiduría. Se radicó en Ecuador hace casi cinco años. Actualmente vive en Guayaquil y estudia Artes Visuales en la Universidad de las Artes.

Sujetos delirantes

Ybelice Briceno

200



Mujer tortuga, 2020-2022

Técnica: *collage analógico*



Bombitas, 2020-2022

Técnica: *collage analógico*

Sujetos delirantes es un trabajo creativo que nace en el contexto de la pandemia como una forma de arrebatarle vida al encierro avasallante de esos meses. Se inicia como un proyecto lúdico, sin mayor pretensión que inventar, jugar y transgredir el orden de las imágenes. Pero luego adquirió una dinámica propia, a partir de la maravilla de descubrir que es factible dar vida a seres delirantes, híbridos, a veces monstruosos, a veces profundamente tiernos, siempre imposibles.

202

Ybelice Briceño

Caracas, 1970. Es socióloga por la Universidad Central de Venezuela. Máster en Sociología y doctora en Sociología por la Universidad Autónoma de Barcelona (España). Actualmente se desempeña como docente e investigadora de la Universidad de las Artes. Ha incursionado, desde el año 2020, en el mundo del *collage* analógico.